

## Estudios culturales, hermenéutica y crítica literaria

Gloria Prado

*La primera parte de este artículo consiste en una reflexión acerca de la génesis, espacios de inscripción, historia y temáticas de los llamados estudios culturales. La segunda, hace lo propio respecto a la neohermenéutica, partiendo de los orígenes de la hermenéutica hasta alcanzar la situación en la que se encuentra en el último tercio del siglo XX —misma época en la que nacen, se desenvuelven y llegan a su punto culminante los estudios culturales—. En un tercer momento, se pretenden establecer los puntos de convergencia y divergencia entre ambas corrientes de pensamiento y de acción en la cultura occidental, euroamericana (incluida la latinoamericana). Hay una aproximación a la crítica literaria, mediante la confluencia de ambas propuestas, en dos novelas mexicanas publicadas en 1999.*

*The first part of this article consist of a reflection concerning the genesis, inscription spaces, history and subjects of so-called cultural studies. The second part does the same thing regarding neohermeneutics starting from the origins of hermeneutics up to the situation in which it finds itself in the last third of the twentieth century which also coincides with the same period when cultural studies are born, develop and reach their culmination. The third part tries to establish the points of convergence and divergence between both currents of thought and action in European American western culture (including that of Latin America). There is an approach to literary criticism by means of the common ground of both proposals in two Mexican novels published in 1999.*

En los albores del siglo XXI, y tras el nacimiento y apogeo de los estudios culturales entre la década de los setenta y de los noventa del XX, resulta interesante abordar este fenómeno que corre paralelamente, y en variadas ocasiones en intersección, con diversas tendencias, corrientes, posicionamientos y perspectivas, que a la vez, en muchos casos, incluye dentro de su esfera operativa. Tratar de definirlo en términos académicos o siguiendo métodos esta-

blecidos y aceptados, es difícil, ya que, como afirma Reynoso, “los estudios culturales se piensan a sí mismos como la actividad intelectual liberadora por excelencia” de la sumisión a las disciplinas constituidas más que “de la explotación económica o de la manipulación ideológica”. (Carlos Reynoso, *Apogeo y decadencia de los estudios culturales*, 2000: 47) Pero paradójicamente es, y ha sido, en el ámbito académico donde los estudios culturales se han desarrollado con una gran cantidad de adeptos formados en diversas disciplinas, quienes han generado numerosas y variopintas textualidades resultantes de su interacción. Si tomamos en cuenta la afirmación de Reynoso antes citada como punto de partida, podríamos preguntarnos, entonces, cómo es que esa “actividad liberadora de las disciplinas constituidas”, lejos de alejarse de ellas se coloca más bien dentro de su ámbito y en forma interdisciplinaria en la práctica, lo que por otra parte, le confiere un estatuto de validez. Y de tal interrogante se desprendería, ahora, una nueva pregunta: a pesar de su acción interdisciplinaria *de facto*, los estudios culturales ¿se conformarían como una antidisciplina frente a su actitud rechazante de las disciplinas constituidas? De ser así, estaríamos planteando el problema en términos de opuestos, planteamiento que con tanto ahínco los deconstructivistas o deconstructuccionistas así como teóricos de la posmodernidad, se han aplicado en desvanecer. Si los estudios culturales constituyen una antidisciplina sus propuestas tendrían que hacerse desde esa categoría de “anti” y, por tanto, tendría que operarse una serie de sustituciones u oposiciones relativas a lo que se consideraría específico de la disciplinariedad, cosa que realmente no ocurre.

Una aproximación más adecuada, me parece, sería la de Richard Johnson quien sostiene:

Los estudios culturales no son una disciplina académica sino un proceso crítico que trabaja entre los espacios de las disciplinas académicas y sobre las relaciones entre la academia y otros lugares políticos. Desde este punto de vista, algo como los estudios culturales necesitaba ser inventado. Ni la crítica literaria, ni la sociología, ni ninguna otra disciplina académica hubieran servido para eso (Johnson 1997: 452, citado por Reynoso 2000: 48)

Concebidos de este modo, los estudios culturales constituirían zonas fronterizas, márgenes facilitadores de la acción crítica, puentes, túneles, pasadizos, entre ésta y los objetos de estudio o de aproximación de los que nos ocuparíamos. Con ello, estaríamos integrando a la vez, algunos de los planteamientos deconstructivistas respecto a la descentralización y el posicionamiento desde los márgenes. Y sería justamente en ese ámbito en el que tendríamos que “trabajar” con el fin de hacer el pase de la teoría y la especificidad disciplinaria a la práctica de la crítica.

Pero una nueva pregunta se erige, entonces, ¿de qué registros se ocupan o han ocupado los estudios culturales? Fundamentalmente sus campos de acción han sido y son: género y sexualidad, identidad cultural y nacional, colonialismo y poscolonialismo, raza y etnicidad, cultura popular, estética, discurso y textualidad, ecosistema, tecnocultura, ciencia y ecología, pedagogía, historia, globalización en la era posmoderna según Grossberg, Nelson y Treichler (Grossberg, Lawrence, Nelson, Cary, Treichler Paula. *Cultural Studies* 1992: 1-15).

Por su parte, Newton *et al.* (1998: 562), proporcionan como “campos específicos de énfasis”: género y sexualidades; raza, etnicidades y representación cultural; política, religión, comunidades y representación cultural; cultura popular; culturas nacionales, transnacionalismo y globalización; ciencia y sociedad; estudios históricos; retórica y teoría crítica (Reynoso 2000: 24-25).

Puesta la cuestión en estos términos, podríamos concluir que su espectro abarca todos los campos en los que actúan las ciencias sociales, las humanidades e incluso otras disciplinas o prácticas como la economía, la ecología, la geografía, la tecnología para citar sólo algunas. Sin embargo, ante una propuesta semejante, Patrick Brantlinger sostiene:

Los estudios culturales, dondequiera que hayan surgido, no han sido meramente una nueva clase académica interdisciplinaria, sino un movimiento de coalescencia, una especie de imán que reúne varias teorías, que ahora a menudo van bajo el rubro de ‘teoría’ en una síntesis problemática y quizás imposible. Contra la reificación de las disciplinas, en la medida en que éstas han sido cada vez más ‘colo-

nizadas' por esa 'razón instrumental' que hace que ellas imiten a las ciencias y que se consideren a sí mismas en términos de 'consideraciones de *marketing*', los estudios culturales juzgan a las humanidades por otros estándares, y particularmente por estándares de 'moral' y 'racionalidad estética'... Pero contra las nuevas formas de teoría radical, los conservadores construyen sus nuevas defensas 'teóricas' del statu quo, o de algún pasado nostálgico caracterizado por la armonía, la simplicidad y la autoridad disciplinar (Patrick Brantlinger. *Crusoe's footprints: Cultural Studies in Britain and America*, New York y Londres: Routledge, 1990: 10-11 citado por Reynoso, 2000: 50).

Por su parte, en la introducción que hacen Cary Nelson, Paula A. Treichler y Lawrence Grossberg al volumen del que son editores afirman:

The field of cultural studies is experiencing [...] an unprecedented international boom. It remains to be seen how long this boom will last and what impact it will have on intellectual life. Certainly, within the fragmented institutional configuration of the academic left, cultural studies, holds special intellectual promise because it explicitly attempts to cut across diverse social and political interests and address many of the struggles within the current scene. As Lata Mani notes in her essay in this volume, in its utopian moments cultural studies sometimes imagines 'a location where the new politics of difference—racial, sexual, cultural, transnational—can combine and be articulated in all their dazzling plurality.' [...] (Lawrence Grossberg, Cary Nelson, Paula Treichler 1992: 1)<sup>1</sup>

Si partimos de estos presupuestos cabría de nuevo inquirir acerca de la especificidad de los estudios culturales, a la vez que sobre las posibilidades que los estudios culturales ofrecen para operar

---

<sup>1</sup> El campo de los estudios culturales está experimentando, tal como Meaghan Morris lo propone, un *boom* internacional sin precedentes. Resta, ahora, saber cuándo ese *boom* va a terminar y qué impacto habrá tenido en la vida intelectual. Ciertamente, dentro de la fragmentada configuración institucional de lo académico que han dejado, los estudios culturales sostienen una especial promesa intelectual debido a sus intentos explícitos de hacer un corte entre diversos intereses políticos y sociales y dirigir muchos de las pugnas en curso dentro de ese escenario.

bajo su signo desde diversas plataformas o disciplinas, y realizar aproximaciones a productos o constructos culturales de distinta índole. Si se afirma que son provisionales, flexibles, móviles, esto es, dinámicos, que no constituyen una disciplina académica, que tampoco tienen un marco delimitado de objetos de estudio, ni se rigen por un cúmulo de prácticas metodológicas o una tradición en la que se inscriben, entonces, cómo podríamos abordarlos. A lo anterior hay que agregar, además, el hecho de que han tenido una trayectoria que los va replanteando y remodelando a lo largo de poco más de tres décadas —después de haber surgido en la Gran Bretaña y pasado a la academia norteamericana para de ahí, difundirse al resto de América y, tímidamente, a algunos países de la Europa continental—, que van adoptando modalidades diversas en los diferentes lugares en los que se ponen en acción así como acordes con cada practicante de ellos, y que, por ende, no puede hacerse una definición concreta ni específica, incluso si se atiende al adjetivo que los define: “culturales”, ya que cultura es un concepto enormemente abarcador por una parte y muy restringido por otra, y depende de quién o quiénes lo usen, su comprensión y adecuación.

Sin embargo, lo que ha ocurrido con los estudios culturales no es un fenómeno aislado. A lo largo de esas mismas tres décadas, un cúmulo de disciplinas, corrientes u orientaciones de pensamiento y de acción ha convivido en la academia internacional con ellos, manifestaciones fuertemente signadas, expandidas y difundidas por los medios de comunicación, las conexiones satelitales, el internet y otros recursos más que han ampliado su radio de acción y las posibilidades de investigación, transmisión e interlocutivas. En esa convivencia, los estudios culturales, se han ido aliando —en el transcurso de su historia— con una buena cantidad de propuestas metodológicas o marcos de inscripción como marxismos, estructuralismos y posestructuralismos, deconstructivismos, posicionamientos posmodernos, disciplinas establecidas, corrientes de pensamiento, pero sin asumirlos o adoptarlos del todo, en una actitud en ocasiones ecléctica, en otras, difícilmente aprensible desde alguna perspectiva específica o definible en términos de identidad o especificidad propias. Y al igual que muchos de esos movimientos, surgieron

como un rechazo al formalismo, al positivismo, a la relegación de la historicidad por los estructuralismos, en un afán deconstructivista aunque tampoco totalmente cobijados por las propuestas de este tenor, así como por la búsqueda de libertad ante la camisa de fuerza institucional que la academia impone a sus miembros. No obstante, en esta trayectoria, el espectro se abrió demasiado por una parte, y, por otra, paradójicamente, quedó limitado incluso por aquella instancia de la que querían librarse: la academia.

Algunos de sus historiadores, plantean cuatro o cinco etapas en su desarrollo. Grossberg propone las siguientes: Humanismo Literario de 1957 a 1969, Sociología dialéctica de fines de los sesenta a comienzos de los setenta, Culturalismo en los setenta, Estructural-coyuntural, fines de los años setenta a inicios de los ochenta y Posmoderna-coyuntural de mediados de los ochenta a fines de los noventa (para Grossberg, comienzan, por tanto, a finales de los años cincuenta y estarían abarcando cuatro décadas en lugar de tres). De aquí que no presenten un posicionamiento homogéneo ni tampoco un cúmulo de prácticas que se compartan de manera uniforme.

Tal circunstancia nos conduce a pensar que no se trata de un fenómeno aislado o con características particulares especificantes ya que, como antes se apuntaba, los posicionamientos posmodernos, deconstructivistas, la teoría del caos, los estudios de género, los postcoloniales o la neohermenéutica con todas sus modalidades o variantes, compartirían muchos de sus presupuestos. Podríamos pensar, pues, que más bien se trata de un fenómeno finisecular que ocurre, como en otros siglos, en el último tercio de su transcurso, a lo que habrá de agregarse que se trata también de un momento histórico de fin de milenio.

Entre las corrientes de pensamiento y de acción en concurrencia arriba señaladas, inscrita en los ámbitos académicos e interdisciplinarios y dentro y fuera de ellos como una serie de propuestas filosóficas, me referiré ahora, a la neohermenéutica y a su intersección con los estudios culturales ya que juega un papel determinante por sus planteamientos coincidentes en algunos aspectos con los de aquéllos, y la posibilidad que ofrece de una apertura

redundante en amplitud, siempre en crecimiento, de los horizontes comprensivos de los sujetos interpretantes que la asumen como tarea teórica y práctica.

Hans Georg Gadamer declara en 1978: “La palabra hermenéutica es antigua, pero también la cosa por ella designada, llámesela hoy interpretación, exposición, tradición o simplemente comprensión, es muy anterior a la idea de una ciencia metódica como la construida en la época moderna.” (H.G. Gadamer. “La hermenéutica como tarea teórica y práctica” (1978) en *Verdad y Método II*: 293)

Tal aserto pide necesariamente una referencia histórica de la hermenéutica, aun cuando de manera sucinta. Hemos usado aquí la denominación de neohermenéutica debido precisamente, a esa cualidad de novedad o de “nueva”, neo, ya que el término, como bien advierte Gadamer, es de suyo muy antiguo. A este respecto, Maurizio Ferraris sostiene que a pesar de que en la Grecia filosófica y racional la hermenéutica era conocida como interpretación y se la relacionó con el dios Hermes, descifrador de mensajes, no jugaba un papel principal, se colocaba en “el ámbito de los conocimientos inciertos, sibilinos como los vaticinios de los oráculos, y pertenecientes más bien al dominio de la opinión que al de la ciencia cierta.” Sin embargo, tras las conquistas de Alejandro y la expansión de la cultura y de la lengua griega a todos los territorios conquistados y a las diferentes etnias que los poblaban (actualmente hablaríamos de colonialismo y multiculturalismo), la interpretación asumió un lugar y un papel muy importantes, ya que “se planteó la exigencia de enmendar y de glosar textos corrompidos o lejanos en el tiempo, para restaurar su legibilidad; y es de la respuesta a esta necesidad el surgimiento de la filología helenística.” (Maurizio Ferraris. *La hermenéutica* 2000: 8-16). Más tarde, de ésta se derivará una hermenéutica filológica cifrada en la práctica de interpretar los textos a partir de una concepción alegórica, esto es, reconocer en su textura y sentido literales, la implicación de otro u otros sentidos y significados latentes. Con el advenimiento del cristianismo, a esta tradición filológica se aunará una hermenéutica religiosa que buscará la prefiguración alegórica de la vida y predi-

cación de Cristo en el Antiguo Testamento, a la que seguirá, ahora, una hermenéutica jurídica “nacida de la necesidad de proporcionar una recta interpretación de los códigos y que encontrará una tematización explícita en el código de Justiniano.” (9) El Renacimiento y la Reforma protestante que nace en su seno, marcarán un hito fundamental en otra vuelta de tuerca de la hermenéutica filológica y religiosa especialmente, para desembocar en el Romanticismo, época en la que tendrá un enorme impulso en el campo de la Filosofía. Schleiermacher en su texto *Hermeneutik* (1819) propondrá que no sólo se interpreta textos, sino a los otros, que constituyen un misterio en sí mismos, por lo que un proceder hermenéutico tendrá que ponerse en práctica en la comunicación interpersonal. Y con ello, se desplaza hacia una dimensión antropológica. Dilthey, al final del mismo siglo, en *Los orígenes de la Hermenéutica* (1900), remitirá del otro a la oscuridad de la historia a la hermenéutica como base de “las ciencias del espíritu”, sin dejar de conferirle un estatuto científico bajo el signo del positivismo. Para Dilthey, pues, la historicidad y el conocimiento del pasado se constituirán en el motor del cuestionamiento hermenéutico. El siglo xx conformará un nuevo espacio para el desenvolvimiento de propuestas hermenéuticas, a la luz primero de la fenomenología husserliana, luego de la orientación que Heidegger en *El ser y el tiempo* le confiere, para obtener su carta de ciudadanía como filosofía hermenéutica en 1960 con *Verdad y método*, la obra monumental y fundante de H.G. Gadamer, mientras Paul Ricoeur escribe en Francia su *Filosofía de la voluntad* entre 1948-1950 y durante la década de los sesenta: *Historia y verdad*, los tres volúmenes de *El conflicto de las interpretaciones (Hermenéutica y psicoanálisis, Hermenéutica y estructuralismo, La simbólica del mal)*, *Del texto a la acción (Ensayos de hermenéutica II)* y *De la interpretación —Ensayo sobre Freud*.

Gianni Vattimo en 1989 sostiene que la década de los ochenta es la de la *koiné* (lengua común) de la hermenéutica:

Decir que la hermenéutica sea tal *koiné* sostiene sólo desde el punto de vista de la descripción factual, que así como en el pasado gran parte de las discusiones filosóficas, o de crítica literaria, o de meto-



dología de las ciencias humanas, tenían que rendir cuentas al marxismo o al estructuralismo, sin que por ello tuvieran que aceptar sus tesis, como sucedía a menudo, así ahora la hermenéutica parece haber asumido esa misma posición central. [...] con un significado mucho más amplio [que en épocas anteriores, ahora filosófico] que designa ya sea una disciplina filosófica específica, ya una determinada orientación teórica, ya simplemente una ‘corriente’; pero en todos esos sentidos —y no sin una cierta ambigüedad, por otra parte inevitable— se reconoce, de hecho a la hermenéutica una centralidad, que se testimonia por la presencia misma del término, de las temáticas hermenéuticas, y de los textos que las exponen, en los debates, en la enseñanza, en los cursos universitarios, y hasta en aquellos terrenos —tales como la medicina, la sociología o la arquitectura, por señalar algunos— que buscan establecer con la filosofía un nuevo vínculo (Gianni Vattimo. “Hermenéutica: nueva koiné” (1989) en: *Ética de la interpretación*, 1991: 55-56).

De este modo, podemos percatarnos de la simultaneidad e interacción de las propuestas hermenéuticas con los estudios culturales y las de otros movimientos arriba mencionados. Y hablamos aquí en plural de propuestas hermenéuticas ya que “no hay una hermenéutica general, ni un canon universal para la exégesis, sino teorías separadas y opuestas, que atañen a las reglas de la interpretación”, sostiene, Paul Ricoeur (*Freud: una interpretación de la cultura* (1965) 1970: 28).

Cabría, entonces, en este punto recapitular sobre el porqué se propone, aquí, la vinculación entre estos dos movimientos, el de los estudios culturales y el de las diversas posturas neohermenéuticas, que coinciden en el tiempo: las tres últimas décadas del siglo xx; en el espacio: la academia y no-academia, la filosofía y la interdisciplinarietà; en varios de sus presupuestos: antipositivismo y, con ello, la puesta en tela de juicio del método científico de este siglo; rescate de la historicidad y de la posición histórica y subjetiva del intérprete; el aventurarse más allá de las propuestas sistémicas al fracturar los sistemas de signos; la necesidad de dar la palabra a otras culturas no consideradas como “occidentales”, así como a la cultura popular y la oralidad (al dirigirse a la *parole* y no quedarse en la prisión de la *langue* saussuriana); una actitud crítica cues-

tionadora, dialógica y dialéctica, iconoclasta en muchos aspectos; el hecho de que el estudioso, filósofo o investigador parta de sus pre-juicios o pre-comprensión para aproximarse a su objeto de estudio, amplíe su horizonte comprensivo respecto a lo otro y a sí mismo, a la vez que dilucida aspectos que no se perciben a primera vista en el campo u objeto de su consideración.

Ahora bien, en este punto habrá que detenerse con el objeto de aclarar qué se está entendiendo como “interpretación”, “comprensión” y “proceder propiamente hermenéutico”. Como bien sabemos el término “interpretación” unido al de “subjetividad” causa mucha sospecha por resultar supuestamente imposible, conferirles a ambos un estatuto de confiabilidad. Sin embargo, habría que puntualizar que el primer concepto, “interpretación”, entraña muchas posibilidades de significado: interpretación, según Aristóteles, es simplemente hablar, expresarse, como también, traducir de una lengua a otra una expresión o un texto completo. Sin embargo, el término se inscribe en un campo semántico mucho más amplio —que se inserta hoy en el ámbito de la filosofía y abraza a la hermenéutica—, con los significados, entre otros, de: conjeturar, explicar, comprender, explicitar, esclarecer, es decir, dar a la luz. Para ello no se cuenta con un método científico que conduzca a resultados verificables o a pruebas contundentes, de ahí aquella sospecha a la que se aludía. En este sentido Jean Grondin sostiene que hay, a lo largo de la historia de la hermenéutica, dos corrientes principales: la normativa y metódica y la fenomenológica. La primera considera a la hermenéutica como “el arte del tratamiento de textos” una suerte de “instrucción metodológica con reglas principalmente de carácter técnico-normativo”. La segunda amplía su marco de operatividad y la hace adoptar “la forma más amplia de un análisis filosófico o fenomenológico del hecho originario del comprender o interpretar”. De este modo, la hermenéutica no instruye acerca de cómo se debe interpretar, sino “que se ocupa de cómo se interpreta el hecho”. (Jean Grondin. *Introducción a la hermenéutica filosófica* 1999: 42)

En este mismo registro, Paul Ricoeur puntualiza:

Le explicamos algo a alguien más con el fin de que pueda entender. Y lo que esta persona ha entendido puede a su vez decirse a otra. Así, la comprensión y la explicación tienden a traslaparse y a invadirse una a la otra. Sin embargo, haré la conjetura de que en la explicación, nosotros explicamos o desplegamos la gama de proposiciones y sentidos, mientras que en la comprensión, entendemos y captamos como una totalidad la cadena de sentidos parciales en un solo acto de síntesis (Paul Ricoeur. *Teoría de la interpretación. Discurso y excedente de sentido* 1995: 84).

O bien, como declara en “Autocomprensión e historia” (1991), la comprensión consiste en “la alternancia de fases de comprensión y de fases de explicación a lo largo de un único ‘arco hermenéutico’ ” Porque “explicar más es comprender mejor. Dicho de otra manera, si la comprensión precede, acompaña y envuelve la explicación, ésta, a su vez, desarrolla analíticamente la comprensión” (36-37).

Y en este punto es en el que se daría el cruce entre los estudios culturales y la neohermenéutica, más allá de la fenomenología, en un tercer posicionamiento resultante de todo un proceso reflexivo y autorreflexivo. Declara nuevamente Ricoeur que, de ese modo, ha podido “liberarse de su concepción inicial de la hermenéutica como interpretación amplificante de las expresiones simbólicas, y formular la idea de una comprensión de sí mediatizada por los símbolos, los signos y los textos” en la correlación de escritura/lectura en sentido amplio.

Si interpretamos correctamente la propuesta ricoeurina podríamos pensar de esta manera: el texto, concebido como un conjunto de signos organizado unitariamente en el que las partes tienen relación con el todo y el todo con cada una de las partes en una relación dinámica e inseparable, se constituye no sólo en grafía, sino también en codificación semiótica, más allá o más acá de la grafía, en la que se lee. Y así, el “comprenderse para el lector es comprenderse ante el texto y recibir de él las condiciones de emergencia de un sí distinto del yo que suscita la lectura” (62).

Con esta comprensión del término “texto” podemos, ahora, volver los ojos a las diversas concepciones de cultura que manejamos

y de aquellos registros de los que se ocupan los estudios culturales, para aproximarnos a ellos a partir de un proceder hermenéutico que consistiría fundamentalmente en un análisis de la textualidad o texto al que nos estamos aproximando, una interpretación del mismo a partir de nuestra pre-comprensión o “comprensión ingenua”, para, acto continuo, realizar una reflexión propiamente hermenéutica que equivale a decir crítica, esto es, poner en tela de juicio nuestra pre-comprensión y la interpretación hecha del texto, ir la validando mediante un diálogo con el mismo, buscando los reclamos de verdad en el análisis textual realizado, y desembocar, finalmente, en una amplitud de horizontes respecto a la comprensión de lo otro —el texto— y de sí mismo como otro.

Actuando de este modo, podríamos proceder con la cultura propia —a pesar de la falacia que tal expresión conlleva, ya que ¿se puede hablar aquí y ahora de una “propiedad”, de una cultura exclusiva, identificante, con rasgos únicos y diferenciadores?— tomando como texto o textualidad esa concepción cultural con sus campos específicos de acción, sus sistemas de sentido dominantes, sus discursos, tradiciones, historia oficial y no oficial, creencias, mitos, ritos, ideologías, factores étnicos, lingüísticos y todos aquellos que la configuran en nuestro imaginario, como tal. Contexto en el que se insertarían también, los registros arriba enumerados como aquellos de los que los estudios culturales se ocupan.

Sin embargo, ¿cuál y cómo sería la forma de acceder a ese inconmensurable campo conformado por y conformador de la cultura, usado el término en sentido amplio? Sólo a través del discurso: “alguien le dice a alguien de algo o de alguien”; y en esta dinámica, la narratividad juega un papel preponderante creando textos muy diversos. A éstos es a los que habrá de acercarse el culturalista y el neohermeneuta. Porque, como Ricoeur afirma, “comprenderse es apropiarse de la historia de la propia vida de uno. Ahora bien, comprender esta historia es hacer el relato de ella, conducida por los relatos tanto históricos como ficticios que hemos comprendido y amado. Es así, como nos hacemos lectores de nuestra vida” (Paul Ricoeur. “Autocomprensión e historia” 26-42). Pero para ello, tendremos que volver a aquel punto en el que la neohermenéutica y los

estudios culturales coinciden, como quedó dicho, que es en la exclusión de un método concreto para la práctica de ambas actividades: el estudio de los culturalistas y la interpretación reflexiva y crítica de los hermenuetas.

Subyace una teoría o teorías, aún cuando no sean consideradas como tales, a los estudios culturales, mientras que la neohermenéutica se presenta como teoría y práctica a la vez, esto es, en la medida que se teoriza, se pone en práctica la teoría, mediante la activación de una serie de operaciones intelectuales. Si nos acercamos al discurso narrativo —configurador primordial de la cultura— desde la conjunción de ambas plataformas, podremos realizar una aproximación si no metódica —en el sentido tradicional que el término método reviste—, sí mucho más enriquecedora en cuanto a las posibilidades de comprensión del objeto de estudio y del estudio.

Tomando como base los planteamientos anteriores, y buscando ser consecuente con esta última propuesta, se ensayará, aquí, una aproximación, en el ámbito de los constructos culturales a la literatura, a través de dos novelas mexicanas publicadas en el año de 1999 en las que se hace una refiguración, mediante el relato, de la historia o memoria impuesta y en el que los referentes —imaginario simbólico, y dentro de éste, el tiempo y los espacios— dialogan en una continua actividad deconstructiva/reconstructiva de los mismos. *Los años con Laura Díaz* y *La vida que se va* de Carlos Fuentes y Vicente Leñero respectivamente, constituirán nuestro universo de estudio y aproximación hermenéutica.

Se trata de dos novelas coincidentes en el año de su publicación, a la vez que en su temática y configuración. La acción de ambas se efectúa a lo largo del siglo xx en gran parte en la ciudad de México, en ciertos sitios de la república mexicana y en algunas otras grandes ciudades como son París, Madrid, Nueva York, Los Ángeles, Detroit. La gran diferencia entre los dos relatos es la perspectiva desde la que sus autores se ubican: el proyecto de Fuentes es totalizador y del mismo modo es la concepción que tiene de la novela. Al hablar en estos términos me estoy refiriendo a la intención de configurar la “realidad” tanto mexicana como mundial con toda su

heterogeneidad interactuante: histórica, política, social, económica, religiosa, artística, cultural en una palabra. Con su novela *La región más transparente* (1958), da inicio a la novela urbana mexicana. La pretensión en ese momento es ya la de recrear la ciudad de México en forma totalizadora: barrios, “colonias”, distintos estratos socioculturales, representantes de diferentes posturas políticas, ideologías, niveles económicos, la religiosidad, el clero, la izquierda, la extrema derecha, todo ello reflejado en la arquitectura, el arte, la expansión territorial citadina y la dimensión histórica de la urbe. El pasado, la tradición sincrética del mundo indígena y el hispano resultante en un mestizaje de ninguna manera homogéneo, la emigración a los Estados Unidos como realidad problemática, la historicidad reinterpretada críticamente desde diferentes ángulos y perspectivas, la lucha de clases, las múltiples ciudades dentro de la ciudad, en fin, el mismo propósito y esquema que continuará en sus siguientes y numerosas novelas para culminar en *Los años con Laura Díaz*. Una pretensión epopéyica que entronca fácilmente con la pintura muralista totalizante también. Y así es como comienzan “los años con Laura Díaz”. En el año de 1999, un joven fotógrafo, pintor frustrado, realiza un documental de televisión sobre los muralistas mexicanos en los Estados Unidos. Decide comenzar por Detroit:

Empezaría con Rivera en Detroit y seguiría con Orozco en Dartmouth y California para seguir con un misterioso Siqueiros que me encargaron descubrir en los Ángeles y con las obras perdidas del propio Rivera: el mural condenado del Rockefeller Center porque allí aparecían Lenin y Marx; y la serie para la New School —varios grandes paneles, desaparecidos también (Fuentes, *Los años con Laura Díaz* 1999: 11).

De esta manera, Fuentes explana su proyecto. A través y a partir del arte pictórico muralista, iconográfico, en sólo un primer plano sin perspectiva o tercera dimensión, totalizador, con la misma pretensión que como narrador tiene, iniciará su viaje a lo largo del tiempo, de la historia oficial, de la “memoria impuesta” cuestionada y refigurada por él, haciendo denuncia política, ideológica, social, cultural, transitando a lo largo de los siglos desde la precolonización

española hasta llegar a la declinación del s. xx. El narrador fotógrafo inicia el relato de la historia posible de Laura Díaz y con ella de la nación mexicana, surgida de los sueños y delirios, resultantes de una contusión cerebral sufrida debido a un golpe en la cabeza que recibe cuando es asaltado en Detroit, y de la memoria impuesta e imaginación propia:

Alcancé a preguntarme, cayendo, si se puede vivir la vida de una mujer muerta exactamente como ella la vivió, descubrir el secreto de su memoria, recordar lo mismo que ella.

La vi, la recordaré.

Es Laura Díaz ( 20).

A lo anterior habrá que unir la concurrencia en su vida de su pareja, Enedina, su constante diálogo y los estudios que ambos han hecho:

Sí, sí, sin duda siempre había algo más, pero entre los dos, Enedina y yo, casi hermanos desde niños, pero amantes absolutos, entregados el uno al otro [...] juntos fuimos a la escuela, juntos estudiamos en UCLA y nos apasionamos por sus cursos de filosofía e historia, la Revolución Mexicana, la historia del socialismo y del anarcosindicalismo, el movimiento obrero en América Latina, la guerra de España, el Holocausto, el Macartismo, en los Estados Unidos, el estudio de los textos de Ortega y Gasset, Edmund Husserl, Karl Marx y Ferdinand de LaSalle, la visión de las películas de Eisenstein sobre México y de Leni Riefenstahl sobre la gloria hitleriana y Alain Resnais sobre Auschwitz, “noche y niebla,” la revisión de las obras fotográficas de Robert Capa, Cartier-Bresson, Wegee, André Kertesz, Rodtchenko y Álvarez Bravo... (595).

“Hablando, hablando”, contando, relatándose, los dos, construyen, imaginan, inventan, la historia de Laura Díaz, protagonista del relato, y con ella, una de la nación mexicana, curiosamente a partir de los relatos recibidos y las experiencias propias de sus historias familiares y de los estudios realizados nada más y nada menos que en los ¡Estados Unidos!, y no en México. Comienza tal configuración del autor-narrador en el año de 1999, como quedó dicho, primero por medio del ojo de su cámara fotográfica, con el que descu-

bre en el mural de Detroit pintada a Laura Díaz, capturando compulsivamente una innumerable cantidad de imágenes, transitará del último tercio del siglo XIX al final del XX en un relato lineal y sostenido, abigarrado y desbordante, para concluir, en el último capítulo, en la ciudad de los Ángeles, California, en el año 2000:

recordando todo lo posible, inventando lo imposible, mezclando libremente la memoria y la imaginación, lo que sabíamos, lo que nos contaron, lo que las generaciones de Laura Díaz conocieron y soñaron, lo factible, pero también lo probable, de nuestras vidas [...] *todo lo recordamos Eneida y yo, y lo que no recordamos, lo imaginamos y lo que no imaginamos, lo descartamos como indigno de una vida vivida* [...] y no podemos heredar sino lo mismo que nuestros antepasados nos legaron, la comunidad del pasado y la voluntad del porvenir, unidos en el presente por la memoria. [...] *La memoria actual consagraba, aunque la deformase, la memoria de ayer. La imaginación de hoy era la verdad de ayer y de mañana.* (596, los subrayados son míos).

De este modo, refigura Fuentes no sólo a México como nación sino la inserta en el concierto mundial, en los acontecimientos históricos que signan el siglo XX y la última tercera parte del XIX, en el marco de la historia monumental. México como geografía, como pueblo inmerso en luchas intestinas y externas, como horizonte, como ámbito nombrado y contado. Veintiséis capítulos constituyen la novela relatados dentro de una estructura cronológica lineal, de los cuales quince ocurren en la ciudad de México. Los restantes tienen como marco distintas regiones del estado de Veracruz (el Puerto, Catemaco, la Hacienda de san Cayetano, Xalapa), dos a Detroit, otro a los Ángeles, Calif., uno más a Lanzarote y dos a ciudades del Estado de Morelos: Cuernavaca y Tepoztlán.

La ciudad de México, en los capítulos que la tienen como escenario de la diégesis, aparece configurada al menos desde las cuatro perspectivas a las que alude García Canclini (*Imaginario urbano* 1997: 80-87): la ciudad histórico-territorial, la ciudad industrial, la ciudad diseminada o disgregada: la ciudad de la información y las comunicaciones, la posmoderna, del mismo modo como Detroit, los Ángeles, Nueva York son recreadas. La ciudad de México en



diferentes momentos de su historia, opuesta a diversos ámbitos rurales o pequeñas ciudades de provincia otrora lugares idílicos que contrastan con las actuales urbes deterioradas y declinantes. Los acontecimientos de la revolución mexicana, la cristera, el terremoto del 57, el 68, enlazados con la guerra civil española y su incidencia en México, la segunda guerra mundial con el Holocausto y su repercusión en México, las corrientes socialistas y comunistas, Stalin y Trotski en México, Diego, Frida, Siqueiros, Laura Díaz en México y en los Estados Unidos, los movimientos obreros en Latinoamérica y su impronta en México, el macartismo con los estadounidenses refugiados en Cuernavaca, el cine, la fotografía y las artes todo ello presente en un mural pletórico que constituye la “suma de aprendizajes y curiosidades, de disciplinas compartidas” de experiencias y relatos que alimenta la relación del protagonista y su pareja y constituye el andamiaje de “los años con Laura Díaz” en el que se entreteje una desbordante intertextualidad literaria y artística. Laura Díaz, igual a la nación o incluso, quizás, la metáfora de la nación mexicana, vive en su historia, en su vida, en su cuerpo, en su conciencia, en sus deseos, sueños y anhelos, su propia configuración, salvada finalmente por el arte, en forma simultánea y concomitante con la historia de la nación y de la ciudad de México.

Vicente Leñero, por su parte, en *La vida que se va*, crea una historia principal en la que inserta un buen número de relatos que van construyendo una estructura prismática, polifacética por tanto; un tablero de ajedrez en el que cada historia que entreteje la trama es una posible jugada, una probabilidad de una misma vida ya que ésta no se dirime de una sola manera. Tiene como protagonista, igual que la novela de Fuentes, a una mujer que ha vivido durante el siglo xx en la ciudad de México principalmente. Sin embargo, la historia comienza al revés. La de Fuentes con la de los abuelos de Laura Díaz cuando ésta aún no nace; la de Leñero cuando la protagonista, Norma, es una anciana octogenaria con quien el narrador, un periodista joven, como el fotógrafo de *Los años con Laura Díaz*, entra en contacto en forma extraña e inesperada. La novela está constituida por diez capítulos, receptáculos de pequeñas historias, a la manera de *Las Mil y una noches*, que narra la protago-

nista, y que se realizan como jugadas de ajedrez. En tanto tales, ofrecen diferentes posibilidades de realización de la vida de Norma quien se mueve en el campo de lo hipotético con libertad, y domina sobre las otras fichas del juego. En cada historia-jugada ella es la pieza de la reina. Del mismo modo como la pintura mural es el referente estructural grandioso de la novela de Fuentes, lo es en la de Leñero el tablero de ajedrez, reducido, cuadrículado y en el que las piezas pueden desplazarse exclusivamente en cierto sentido excepto la reina a quien sólo le está vedado saltar como el caballo. No se trata por tanto, como en Fuentes, de una mirada abarcadora, de un espacio monumental icónico y contenedor de una historia de la misma índole. Aquí, el razonamiento, la estrategia, la logística y sobre todo el ingenio y la imaginación constituirán el hilo conductor de la historia principal. La mirada será prospectiva pero con un afianzamiento retrospectivo, la imaginación tendrá un papel propiciatorio del registro lúdico desde diferentes jugadas y posibilidades de contar una misma historia de la vida de diversas maneras al irse haciendo “así hasta mi vejez. Como la quise, así llegé. Frente a un tablero y con relojes y jueces y testigos. Este tablero que tengo aquí, al que toco y me inclino con las últimas piezas de un final de partida.” (*La vida que se va*, 302).

De análoga manera Norma irá configurando sobre un tablero, la nación México. El relato de su vida comienza a los once años de edad cuando “Norma ganó a su padre una partida de ajedrez”, en una ciudad de México de la segunda década del siglo xx, relato que tras grabarlo el periodista que la escucha, transcribe imprimiéndole una forma literaria, asesorado por su esposa semióloga —otra coincidencia con el relato de Fuentes— dos años después de haber iniciado las entrevistas semanales en la casa ubicada en la calle de Córdoba 140 en la ciudad de México, ahora en la última década del mismo siglo, tras la muerte de Norma. Siglo, ciudad y país que constituyen el tablero en el que la vida se juega. Diferentes zonas de la ciudad, comenzando por el centro, las calles de la Palma y de san Juan de Letrán principalmente, constituirán el espacio en el que ocurre la acción inicial. Después, la ciudad de Guanajuato será otro de los escenarios de los relatos en juego. La vida política, los aconteci-

mientos históricos provistos por la historia oficial y deconstruidos, igual que en el caso de Fuentes, irán bordándose en las diferentes jugadas de manera distinta en cada una y sin poder discernir el receptor cuál es la versión verdadera o auténtica. Del mismo modo que en *Los años de Laura Díaz*, en las narraciones jugadas aparecerá la migración propiciada por la guerra civil española, los movimientos socialistas y marxistas y su impronta en la vida política y artística de México, de nuevo Diego, Frida y Trotski, Siqueiros, la segunda guerra mundial, Hitler, el Holocausto y su repercusión en México, referencias a la revolución mexicana y la repartición de tierras hecha por el presidente Cárdenas, todo ello tamizado por un ingrediente católico omnipresente que va desde una observancia y fe nacionales hasta el Vaticano y el Papa. Una intertextualidad literaria no sólo de autores mexicanos sino de otras nacionalidades y épocas y una poética del autor, transitan de continuo en la trama y se ponen a jugar sobre el tablero. Personajes de la vida nacional política, artística, deportiva, económica, académica en interacción con los de otras naciones en ciudades europeas o estadounidenses como Madrid, París, Nueva York o México juegan asimismo una apuesta distinta cada vez. Y de ese modo se va configurando un concepto de nación principalmente ubicada en y desde la gran urbe, capital del país, en la que situaciones propiciadas por factores resultantes de la migración primero de intelectuales, académicos y artistas españoles, luego de suramericanos, irán perfilando con sus aportaciones, la historia y el concepto de la nación mexicana, tal como lo harán otros acontecimientos históricos, ideologías y propuestas diversas a lo largo del siglo xx. Y tal como García Canclini declara respecto a la configuración de las ciudades, ocurre con la de la nación:

No sólo hacemos la experiencia de la ciudad, no sólo la recorremos y sentimos [...], sino que imaginamos mientras construimos suposiciones sobre lo que vemos [...], las zonas de la ciudad que desconocemos [...], gran parte de lo que nos pasa es imaginario porque no surge de una interacción real.

Toda interacción tiene una cuota de imaginarios, pero más aún en estas interacciones evasivas y fugaces que propone una megalópolis (García Canclini 1999: 89).

Según este mismo autor, con relatos o narraciones que se hacen a partir de “leyendas, historias, mitos, imágenes, pinturas, películas que hablan de la ciudad”, y yo diría de la nación, se forma un imaginario múltiple, un patrimonio visible e invisible, que no todos compartimos del mismo modo, del que “seleccionamos fragmentos de relatos, y los combinamos en nuestro grupo, en nuestra propia persona, para armar una visión que nos deje (un) poco más tranquilos y ubicados en la ciudad. Para estabilizar nuestras experiencias urbanas en constante transición” (93).

Y la selección de dicho patrimonio particular y colectivo refigura, por medio de relatos o narraciones como en los casos a los que nos acabamos de referir, una historia personal, urbana y de nación, ya en forma monumental, icónica, como suma de discursos o mejor como sincretismo cultural, un macrocosmos a la manera de Fuentes, o bien mediante la construcción de un microcosmos dinámico, móvil, afianzado en lo posible y en lo probable, mas no en lo fijo y estático, Leñero, a través de la ficcionalización literaria. Los dos textos aquí escogidos (de nuevo hablamos de una selección, lo que nos remite a una estructura de caja china) muestran cómo se realiza toda una configuración narrativa de nación que parte de un imaginario histórico-cultural entretejido con historias de lo privado, y que mediante la selección del patrimonio aludido, ofrece diversos rostros y posibilidades interpretativas e imaginativas que desembocarán en constructos distintos, en imaginarios posibles.

De este modo, el horizonte de los estudios culturales y de construcción de nación en el que ambas novelas se insertan, es cabalmente el de la trayectoria que, a lo largo del siglo xx ha tenido el desarrollo de las naciones, los países y las grandes urbes como la ciudad de México; incluyen, además, en forma implícita, las dos obras, el discurso generado por antropólogos, sociólogos, historiadores, críticos literarios y especialistas que en la actualidad, y desde hace ya más de tres décadas, se dedican a los estudios culturales, e inciden en el campo de la hermenéutica, tanto desde el punto de vista de su proceder como del resultado de su interpretación reflexiva crítica.

Del mismo modo, ya no desde la creación ficcional propiamente dicha, sino desde la plataforma de la teoría y de la crítica literaria de cuño hermenéutico y, a la luz de algunas propuestas de las teorías de la recepción cobijadas por este manto, se ha realizado aquí, una aproximación a los textos literarios en la que se ha intentado conjuntar presupuestos de los estudios culturales con los puntos de partida de un proceder hermenéutico en los textos mismos, a guisa de práctica de campo. Resta, ahora, comprobar que ese propósito se ha logrado, tarea que como receptores de este escrito, corresponde realizar a sus lectores.

Coyoacán, junio 2002

#### BIBLIOGRAFÍA

- Augé, Marc. *Los 'no lugares'. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*. Trad. Margarita N. Mizraji. Barcelona: Gedisa editorial, 1996.
- Certeau, Michel de. *La invención de lo cotidiano. 1 Artes de hacer*. Trad. Alejandro Pescador. México: Universidad Iberoamericana, Instituto Superios de Estudios de Occidente, Centro francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, 1996.
- Ferraris, Maurizio. *La hermenéutica*. Trad. José Luis Bernal. México: Taurus, 2000
- Fuentes, Carlos. *Los años con Laura Díaz*. México: Editorial Alfaguara, 1999.
- Leñero, Vicente. *La vida que se va*. México: Editorial Alfaguara, 1999.
- Gadamer, H. G. "La hermenéutica como tarea teórica y práctica" (1978) en *Verdad y Método II*, Salamanca: Ediciones Sígueme, 1992.
- García Canclini, Néstor. *Imaginario urbanos*. (1ª. Edición 1997) Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1999.
- Grondin, Jean. *Introducción a la hermenéutica filosófica*. Prólogo de Hans Georg Gadamer. Barcelona: Empresa Editorial Herder, 1999.
- Grossberg, Lawrence, Nelson, Cary, Treichler Paula. *Cultural Studies* New York: Routledge, 1992.

- Newton, Judith, Susn Kiser y Kent Ono. "Proposal for an M.A. and Ph. D. Programme in Cultural Studies at UC Davis." *Cultural Studies*, vol. 12, no. 4, 1998: 546-570.
- Reynoso, Carlos. *Apogeo y decadencia de los estudios culturales*. Madrid: Editorial Gedisa, 2000.
- Ricoeur, Paul. "Autocomprensión e historia" en Paul Ricoeur: *Los caminos de la interpretación*. Ed. De Tomás Martínez Calvo y Remedios Ávila Crespo. Barcelona: Anthropos, 1991.
- . *Freud: una interpretación de la cultura*. Primera edición en francés 1965. México: siglo XXI editores, 1970.
- . *Teoría de la interpretación. Discurso y excedente de sentido*. México: siglo XXI editores, 1995.
- Vattimo, Gianni. "Hermenéutica: nueva koiné" en: *Ética de la interpretación*. Barcelona: Ediciones Paidós, 1991: 55-56.
- Williams, Raymond. *Palabras clave. Un vocabulario de la cultura y la sociedad*. (1ª. Edición en inglés 1976) Trad. de Horacio Pons. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión, 2000.

## PALABRAS CLAVE DEL ARTÍCULO Y DATOS DE LA AUTORA

*hermenéutica, estudios culturales, crítica literaria*

Gloria Prado

Universidad Iberoamericana

Departamento de Letras

Prol. Paseo de la Reforma # 880

Lomas de Santa Fe, CP 01210, México, DF

Tel. conmutador: 52 67 40 00

gloriaprado@compuserve.com.mx